ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

España en el nacimiento de los Estados Unidos: un hecho geopolítico razonable

Lección magistral pronunciada por D. Félix Sanz Roldán, con motivo de la clausura del ciclo de actividades «250 años España-EE. UU.» de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares, el día 28 de octubre de 2026.

Verdaderamente, es un día que no invita a investigar lo que ocurrió hace 250 años, en un lugar tan lejano como los Estados Unidos de América, teniendo una tragedia tan próxima, a unos cuantos kilómetros de Madrid.

Pero los soldados somos así. Camilo José Cela, cuando hablaba de nosotros, decía que los soldados son aquellos que hacen de tripas corazón, porque nunca más noble oficio las tripas tuvieron. Sentimos la pérdida de los paisanos, los compañeros, los amigos que hemos perdido, pero sentimos también que hay actos que por sí mismos tienen suficiente sentido como para hacerles frente, incluso en condiciones anímicas adversas.

Decir que es un honor ocupar esta tribuna que me ofrece la Academia de las Ciencias y las Artes Militares es algo que con facilidad pueden todos ustedes intuir. Nunca me habían elogiado tanto como esta tarde. Aunque fuera solo por esa razón, todo eso me llenaría de satisfacción; pero no solo por eso, sino porque estoy ante compañeros: algunos que sirvieron conmigo a España, otros a cuyo lado la serví.

Y es verdad que todo eso me llena de satisfacción y espero que eso me haga ser elocuente.

Preservar el legado cultural de la milicia y hacer que siga fluyendo sobre nuestras formaciones se ha hecho siempre, y ahora la Academia lo hace con suma diligencia. Al honor que se me hace uno también la pretensión, casi seguro inútil, de parecer docto, porque quiero estar a la altura de esta institución que esta tarde nos cobija.

Ojalá que, al finalizar mi intervención, de unos 35 a 45 minutos, sientan ustedes que han hecho bien en venir a la sede de la Academia. Además, la buena noticia que les doy es que nunca me paso ni un segundo del tiempo asignado. Y añado a este breve preámbulo que mi tesis pretende precisamente estar en línea con lo que esta Academia es y representa: la síntesis entre el pensamiento actual y la tradición militar. Para eso es para lo que he venido y para hablar de un hecho histórico que tiene interés para la milicia, para la historia y, por tanto, espero que tenga interés también para todos ustedes.

Por otro lado, se da un elemento curioso en esta sala. El general que les habla es secretario de la Sección de Cultura e Historia Militar del Ateneo de Madrid. Durante mucho tiempo, esta área dejó de existir en el Ateneo. Por ello, hace tiempo me dije: «No es bueno que mi generación deje arrumbada para siempre la cultura militar en el Ateneo». Y ahí aparecí yo. La sección soy yo, no hay nadie más, pero sirve para que puedan presenciar la hermosa metáfora de que el Ateneo de Madrid, con dos siglos en el centro de la vida cultural española, y la Academia de las Ciencias y las Artes Militares, muy joven todavía, empiecen un idilio que espero dure mucho tiempo.

No soy historiador, pero me aficioné a la historia de los Estados Unidos siendo un joven teniente con 24 años. Fui destinado por primera vez a la ciudad de El Paso, entre México, Nuevo México y Texas, a la Escuela de Artillería Antiaérea del Ejército de los Estados Unidos. Estar en la ciudad de El Paso era como estar en España; por tanto, integrarme en aquella sociedad me resultó muy fácil, mucho más fácil que en la sociedad militar donde me estaba formando.

La guerra de Vietnam estaba en su apogeo. El fuerte estaba lleno de mujeres solas y también de niños, porque los maridos y los padres estaban en la guerra. Observé entonces qué difícil era ser la compañera de un militar y vi también que aquel concurso entre el sacrificio del militar y el estudio de una técnica de artillería, que era la mía, tenía también algo de atractivo. Los oficiales que estábamos allí destinados, en ese territorio que parecía España, íbamos a tomar el aperitivo al Club Caballero. No decíamos al Chevalier ni al Gentleman. Los sábados y

domingos íbamos a comer al bar Madrid, donde nos ofrecían una paella horrorosa, pero que nos sabía a gloria lejos de España.

Allí, en El Paso, me di cuenta de que, por encima de los hombres, hay unos lazos indelebles que pasan de una a otra generación, pero, a pesar de ello, muchos de los que servían en el Club Caballero no sabían dónde estaba España. Volví en muchas ocasiones a Estados Unidos y mantuve una relación de ocho años, no continua, con aquel Ejército y fui testigo de acontecimientos muy parecidos al que hoy estamos rememorando, como el segundo centenario de la Constitución de los Estados Unidos. En los días de su celebración, yo estaba destinado en Washington y me sorprendió sobremanera que no hubiera ningún acto que recordara a España, cuando esta Academia ha puesto de relieve que algunos preceptos de aquella Constitución tienen su origen en la Escuela de Salamanca dos siglos antes.

Nadie nos decía que allí estaba España y yo lo sentía en lo más profundo de mi corazón porque quería ver verdaderamente hasta qué extremo estaba presente la herencia española o no en la cultura americana y vi que poco. Por ello, en el verano de 1967 alquilé una *mobile home*, un vehículo caravana, para poder ir donde quisiera, sin ningún programa previo, y estar el tiempo que fuera necesario. Quería hacer lo mismo que habían hecho los soldados españoles 450 años antes.

Empecé el viaje en el castillo de San Agustín, en Florida, y lo terminé en el presidio de San Francisco, exactamente bajo uno de los pilares que sostienen el famoso Golden Gate. Me convencí de que tenía que hacer algo por nuestra historia común visitando un pueblo tejano que se llama *Goliad* —suena parecido, pero nada tiene que ver con el Goliat de David, el de la Biblia—. Parece ser que, cuando los soldados españoles circulaban por aquella vía, algunos ponían el nombre de su pueblo y, a alguna vereda, el de su novia. Al parecer, el nombre deriva de Hidalgo, jugando con las letras.

Dicen que esa ciudad ha sido más importante en el desarrollo de los Estados Unidos que El Álamo. Quién sabe, pero lo cierto es que, estando en el museo de Goliad, vi muchas cosas, hasta uniformes de la guerra de Vietnam. A la guía le pregunté por los aseos y me dijo: «¿Ve usted la cruz roja pintada en la pared? La puerta a la derecha es el baño». Cuando me acerqué, observé que la cruz roja era una de las banderas históricas de las compañías de infantería que habían seguido ese camino muchos años antes. Preso de mal humor ante ello, le dije: «¿No le da vergüenza llamar cruz pintada en la pared a la bandera de los soldados españoles que murieron para que usted sea hoy libre?». Entonces me dije: «Tengo que saber algo más», para, cuando discuta con un americano no consciente de nuestra historia común, tener los suficientes elementos de juicio para conseguir una disculpa, como la que finalmente me dio aquella guía.

En este año 2026 celebramos el 250.º aniversario de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y quiero reflexionar con ustedes sobre ese hecho histórico excepcional que es el nacimiento de los Estados Unidos, que, ya les anticipo, no hubiera sido posible sin España y sin el apoyo de la América española. Pensemos: si no hubiera nacido aquella gran nación, quién sabe si nos hubiéramos liberado del yugo nazi en la Segunda Guerra Mundial o si íbamos a estar hoy preocupados por el estrecho de Ormuz, por Groenlandia o por la OTAN. Los Estados Unidos nacieron como nacieron y de ese nacimiento somos, de alguna forma, responsables.

El título de la conferencia, que ustedes conocen, podrá no ser una lección de historia; tampoco lo pretende. Para conocer aquella historia hay multitud de textos que podrían posiblemente definir, mejor que yo, lo que allí ocurrió hace 250 años. Sin embargo, sí es un relato, especialmente, de las decisiones políticas que se tomaron entonces al amparo de la geopolítica, que, como saben, es el poder asociado a la geografía.

Se dieron unas circunstancias que es preciso aclarar en los momentos previos de la revolución, como la llama todo el mundo. De hecho, una de las más conocidas organizaciones en Estados Unidos se llama «Hijas de la Revolución Americana».

Sin embargo, aquello no fue una revolución ni tuvo nada que ver con un hecho revolucionario. Vamos a tratar de ver lo que allí pasó. Vamos a advertir fundamentalmente cómo una gran potencia, el imperio más grande del momento, España, con un gran rey, participó en aquel hecho histórico. Vamos a ver algunas razones por las que así fue y si eso ha resultado razonable o no, y lo que nos ha ocurrido en nuestra relación posterior con Estados Unidos.

Para hablar de aquel acontecimiento, vamos a irnos algo más atrás, al final de la guerra de los Siete Años, en 1763, y nos encontramos con un orden trilateral. Ahora está de moda el orden multilateral, o el bilateral, o la potencia hegemónica, el hegemón. Ahora, como entonces, la geopolítica tiene el mismo valor, al ser una ciencia que nace del conocimiento, y nadie puede precisar cuándo nació, en qué momento se acuña la palabra geopolítica. Pero ha estado siempre presente en la historia. Al acabar la guerra de los Siete Años, hay tres potencias que tienen algo que decir. Una es Francia, que acaba muy debilitada, pierde prácticamente todo y está en bancarrota. Otra es el Imperio británico, al que se une desde muy pronto Portugal, y llegaron a ser algo indisoluble. Eran prácticamente la misma cosa y ello le ha venido muy bien en la historia a nuestro vecino. La tercera es España, que obtuvo alguna ganancia, pero sufrió enormes pérdidas, entre otras, la de Florida, tremenda pérdida, como luego veremos. A pesar de ello, España siguió siendo una gran potencia en América y también en Europa, donde durante aquella guerra

España se quedó como estaba. Por ello, es con esos dos países con los que podemos conformar un triángulo. Y, según Kissinger, para que las cosas vayan bien, dos lados siempre tienen que ser más fuertes que el tercero: es lo que llamó equilibrio de poder.

Ahí precisamente es donde empieza a aparecer una disfunción y por eso se puede tratar la independencia de los Estados Unidos desde el punto de vista geopolítico. Porque, aunque los tres lados se acomodaban, había un lado que se veía deformado por las 13 colonias inglesas en América que se oponen al sentimiento de la metrópoli. Eso provoca una reforma en la geopolítica del momento porque un lado ha cambiado, es diferente: el lado inglés tiene un grave problema que tiene que resolver pero que es aprovechado por los otros dos lados, Francia y España.

Francia se ve débil y considera que la causa de su debilidad es Gran Bretaña y quiere sacarse la espina de la guerra de los Siete Años. Lo que es malo para mi enemigo es bueno para mí; es así de simple y así pasó por la cabeza de los dirigentes políticos franceses.

Por su parte, España nunca ayudaría a Gran Bretaña. Algún almirante en la sala sabe, como sabemos todos, que desde 1588, y sin solución de continuidad, ha sido enemiga de España durante más de 200 años. España no tenía ninguna duda en identificar contra quién quería estar. Es muy interesante conocer que España, entonces y en América, encontró en los ingleses una periferia de España, por usar lenguaje de la época. España era singularmente más poderosa: tenía una extensión triple que la de Gran Bretaña, tenía un prestigio acrisolado en sus universidades que era inigualable, tenía unas ciudades ricas de opulencia extraordinaria. Ciudad de México era seis veces más grande que Filadelfia. Pero no solo eso: esta era una ciudad de casas de madera y barro en las calles y la ciudad de México era como la vemos todavía en la huella de España. En definitiva, superábamos con creces en todo a la potencia inglesa en América.

España e Inglaterra eran dos imperios, sin duda, pero el más fuerte allí no era Inglaterra. Además, en Europa contábamos con una fuerza militar muy superior; por lo tanto, parecía inevitable, y aprovechando que era nuestro enemigo desde 1588, que fuéramos por el camino de ayudar a las trece colonias. Es verdad que el propio Carlos III y aquellos que le aconsejaron eran conscientes de que había que tener cuidado con el efecto de emulación en Hispanoamérica. El rey solía decir de forma solemne: «Nosotros no tenemos colonias en América». Cierto, la América hispana no se rebela contra una metrópoli fuerte, sino que, cuando esta desaparece, encuentra el momento de ser libre. Así es como estaban las cosas entonces.

En este sentido, a nuestro rey Carlos III no le quedaría ninguna duda. Y voy a aprovechar, puesto que han citado a mi tía Catalina y, por tanto, mi condición de artillero, para recordar que el rey había fundado el Real Colegio de Artillería 14 años antes de la guerra en los Estados Unidos. Por tanto, es una persona a la que reverenciamos. Pero no voy por ahí. Quizá el rey tuvo alguna duda que le mostraban sus grandes consejeros: Pedro Abarca de Bolea, conocido como conde de Aranda, embajador en París después de haber sido ministro de Estado, es partidario de la intervención directa, sin ambages, y le dice al rey: «Déjese de tonterías y vamos para allá con armas y bagajes». Los franceses, por tanto, animaban al conde de Aranda. Pero enfrente nos encontramos con el conde de Floridablanca, José Moñino y Redondo, que no era tan favorable a la intervención y ofrecía soluciones tan vistosas como dar una tregua a los ingleses de 25 años. Mientras tanto, las 13 colonias tendrían libre comercio, y la tregua entre los tres países y sus compromisos los vigilaría España. Es como si se retrasara la solución para ver si las cosas se solucionan solas, pero no se resolvieron.

Finalmente, Carlos III decide facilitar la ayuda a las 13 colonias inglesas en América, pero, como nos dice Carmen Iglesias, presidenta de la Real Academia de la Historia: «La ayuda que entregó España a las 13 colonias fue clandestina y ni quisimos entrar en guerra ni queríamos reproducir la independencia». Quizá la palabra clandestina utilizada por Carmen Iglesias no es la más adecuada, pero nos describe que no fue de forma abierta nuestra ayuda, a veces a través de Francia, y que, como en otras ocasiones en nuestra historia, España ha participado en hechos históricos tirando la piedra y escondiendo la mano, diciendo a la vez que lo hacemos y que no lo hacemos.

Todos los militares que estamos aquí tenemos la experiencia de nuestra participación en Iraq. Después de la reunión de las Azores, a España se le ofreció el mando de una división; dijimos que no, pues era significarse mucho. Bueno, pues el mando de una brigada. Tampoco: ningún mando. Después de una ardua negociación, enviamos un hospital embarcado en el buque Castilla y un batallón reforzado con otras fuerzas. En fin, sabemos lo que ocurrió allí. Lo que es verdad es que se repite la tradición de o ayudar, pero poco, o ayudar mucho, pero que no se note. Y así fue, desde mucho antes y hasta 1779, la ayuda de Carlos III.

Participamos en la guerra, sin duda: hubo enfrentamientos directos, pero también lo hicimos de otra forma. Les donamos de la hacienda real unos 3 millones de reales de a ocho, de pesos, que hoy serían unos 3.000 millones de dólares; además, todos los militares les dieron un día de su haber en mano, una buena cantidad para las arcas de George Washington. Les dimos uniformes, les dimos pólvora, bien muy escaso por entonces: unas 500 toneladas de pólvora. Estando en Fort Sill, haciendo el curso avanzado de artillería, recuerdo haber dicho a mis compañeros: «Si no

fuera por nosotros, vosotros no sabríais tirar con cañón». Además, les dimos 30.000 fusiles con sus bayonetas y miles de litros de un elemento fundamental para evitar la malaria, la quinina. Desplegamos oficiales de enlace en los sitios importantes para informar de las necesidades. Y algo realmente significativo —permítanme usar mi experiencia de diez años en el CNI—: la red de espionaje de Washington estaba dirigida por españoles bajo la dirección de Juan de Miralles, que era tan amigo de Washington que murió en su casa en 1780 y está enterrado en el jardín de la casa de George Washington. Cuenta la tumba con un epitafio que escribió el propio Washington y que dice: «Todo el universo ha sentido su muerte». Todo lo indicado, y seguro que algo más, es lo que dimos.

Pasó cierto tiempo antes de que se hicieran operaciones militares en beneficio de la coalición hispanofrancesa y de las 13 colonias, por ejemplo, en las acciones sobre Menorca y Gibraltar. Las tres cuartas partes del Ejército inglés estaban dedicadas a defender y defenderse de las acciones españolas. Nunca pudieron tener más de 30.000 soldados en América; los otros 70.000 estaban ocupados en otras acciones. También sorprenden cosas como que la Armada española, que era mucho más potente que la marina de guerra francesa, protegiera los territorios franceses del Caribe o bloqueara los convoyes que salían de Inglaterra a las colonias cuando la marina francesa se trasladaba a Nueva York, al sitio de la ciudad, y participaba en la batalla de Yorktown.

Desde luego, es un juego perverso, pues si los americanos no ven la ayuda española, no la pueden reconocer. La ayuda fue fundamental, con los datos que les acabo de dar, pero no fue tangible para el ciudadano americano que estaba allí recibiéndola. No me cabe duda: George Washington y sus colaboradores lo sabían, pero los americanos no vieron un barco con la bandera de España atacando a los ingleses, salvo al final, cuando hubo operaciones directas como la apertura del Misisipi al tráfico fluvial. Ese gran río llegó a ser como una autopista española donde no pasaba barco o mercancía alguna que España no autorizase. Allí se lució ese gran personaje, que recordamos cuando hablamos del apoyo de España a los Estados Unidos, Bernardo de Gálvez, que atacó él solo, sin apoyos, los fuertes ingleses ribereños y tuvo dos detalles maravillosos. Uno, que se le oyó decir: «No me importa no tener apoyos, yo voy solo». Por ello, su lema en el escudo familiar es precisamente «Yo solo». Y el segundo es que a todos los heridos y enfermos del adversario que necesitaban ayuda los recogió y los servicios médicos militares españoles los atendieron. También es importante citar las operaciones para evitar las acciones inglesas en América Central y para proteger al galeón de las Américas que, con su ruta, nos hacía más grandes.

Resumiendo, primero, se apoyó con dinero, mercancías, armamento, pertrechos, pólvora; segundo, se proporcionó un apoyo militar indirecto en zonas muy alejadas

de América, de las trece colonias; y tercero, se realizó un apoyo militar directo, como la apertura del Misisipi y la aportación de unos 11.000 soldados que fueron a América. Aquí tengo que detenerme por un momento, pues no puedo menos que decirles que el Regimiento Inmemorial del Rey, que vemos a diario en el Cuartel General del Ejército y que el 12 de octubre desfila en la Fiesta Nacional de España, perdió 400 hombres, incluyendo a su coronel, en las operaciones en América. ¿Cuántos españoles conocen esto? ¿Cómo vamos a pedir a los americanos que reconozcan ese apoyo si los españoles lo desconocemos?

¿Cuántos españoles sabrán que los soldados de ese regimiento, que está con nosotros, fueron a apoyar la liberación de las 13 colonias y que murió su coronel junto con unos centenares de soldados? ¿Cómo podemos exigir lo que ni siquiera conocemos? Y este es otro punto que nos debe quedar claro.

Un profesor de la Universidad de Maine define estos aspectos como «ayudas por reflejo intelectual», que tienen mucho valor, y tiene mucho sentido hablar de ellas precisamente en esta casa. Parte de esas ayudas por reflejo intelectual son, como decía antes, todo lo que destilan los postulados de Francisco de Vitoria, de la Escuela de Salamanca, que, después de mucho tiempo y vicisitudes, termina reflejado, a través de otros, en la Constitución de los Estados Unidos y en la Declaración de Independencia. Esta declaración está clasificada por notables historiadores como el mejor documento que dio a luz la Ilustración, que fue a América también de la mano de los españoles. Esto es todo lo que hicimos, y esto es la verdad absoluta, contrastable.

Pero ¿qué pasó después? Tampoco podemos pensar que España hizo todo lo expresado rodeada de un altruismo y de un sentimiento moral inigualable. España hizo lo que se debe hacer siempre: miró por sus intereses y, por tanto, el valor de estos entró en la geopolítica de entonces. Pero una vez que acabó el proceso de independencia, los Estados Unidos comenzaron a andar por el camino que los llevó a expandirse a través del territorio americano que pertenecía a España. Esto es muy curioso, porque su expansión fue realizada a nuestra costa.

Ya voy terminando. Pero juzgo muy interesante ver qué ocurrió inmediatamente después de la independencia, que puede justificar el que este hecho geopolítico natural se produjera y que la solución de ese hecho geopolítico fuera el nacimiento de los Estados Unidos de América. Tenemos que entender que, dos años después de ayudarles a ser libres, estaban enfrentados a España. Problemas en las fronteras: no admitían los límites del territorio español en Norteamérica; tampoco admitían cuestiones de mayor calado como la forma en que tratábamos a las personas de raza negra. No podían entender que aquellas amplias praderas en las

que no se hablaba español tenían mucho de español y que tuviera más fuerza España que ellos mismos.

Por tanto, poco después de que empezaran a andar como nación, empezamos a tener problemas con ellos. Solo en determinados momentos la tensión pareció mitigarse, para luego continuar como en una sinusoide, siendo mucho más profundos los valles que los picos. La realidad es que la visión negativa del español llegó hasta lo ridículo.

Como se ha dicho antes, fui agregado militar adjunto a la Embajada de España y un día mi hija mayor, Pilar, me enseña el libro de historia que daban en clase. Ese libro mantenía todos los tópicos de la leyenda negra y estaba lleno de bulos, como que los españoles éramos muy malos, que matábamos a los niños, que éramos caníbales y mucho más. Pero todo ello tenía una justificación: buscar el apoyo moral para la guerra contra España de 1898. Pero, incluso aceptando que lo pudieran utilizar con esos fines en el 98, era inaceptable que pudiera justificarse en el 89 del siglo siguiente. Ciertamente, el periodo de dictadura en España no ayudó precisamente y más bien perjudicó el mutuo entendimiento.

Gracias a Dios, las cosas comenzaron a cambiar: los contactos bilaterales de 1953, los tratados del 57 y algo que fue providencial, la visita del entonces príncipe de España, don Juan Carlos, en 1971, que hizo cambiar mucho a la sociedad americana, en particular a los tejanos, los de Texas. El que lo español calara en esa sociedad ha servido para que vayamos volviendo a un mundo donde se había diluido demasiado la influencia española, lo que en nada favorecía el reconocimiento de los Estados Unidos de todo lo que hicimos por ellos.

Hemos visto muchos símbolos. Aunque sea una frivolidad hablando de este tema, la silla de montar de John Wayne era española y usaba zahones. El Séptimo de Caballería montaba a la española. Podemos decir muchas cosas más, pero lo cierto es que la huella es indeleble: está allí. Quieran o no, la reconozcan o no, cada vez está más presente, porque el mundo ahora conoce más cosas, está más educado.

Algunos actos posteriores en Estados Unidos han sido muy notorios. Por ejemplo, la inauguración de un retrato de Carlos III en la *National Portrait Gallery*. Como jefe de Estado Mayor de la Defensa, me cupo el honor de dirigir unas palabras, pues la autoridad que debería haber ido desde España no pudo hacerlo. Podría ser el peor museo de pintura del mundo, pero aquellos que han pintado a Bernardo de Gálvez, a Carlos III, incluso a Molly Pitcher, tienen sus cuadros allí. Son retratos horribles, pero están allí para trazar la historia de los Estados Unidos. Allí está Carlos III, y Bernardo de Gálvez está en el Congreso de los Estados Unidos como uno de los siete únicos ciudadanos del mundo que tienen la calidad de ciudadano de honor de los Estados Unidos. Allí sigue enterrado, como dije, Juan de Miralles, el jefe de los

servicios de inteligencia, en el jardín de la casa de George Washington y allí está, como herencia, santa Bárbara en muchos lugares y en todas las guarniciones artilleras del U. S. Army que he visitado.

Es verdad que también ha habido un desinterés español por reivindicar nuestra obra y no sé si esta no será la principal cuestión a la que tendríamos que enfrentarnos antes de criticar con tanta fuerza a aquellos que no lo reconocen. Pero así somos los españoles. Desde que contamos con grandilocuencia lo que hacemos, la verdad es que quien lo tiene que reconocer nos reconoce y estamos en el lugar que nos corresponde. No España, sino los héroes que participaron en aquella revolución.

Si tuviéramos que hablar de España, especialmente en estos tiempos de Trump, podríamos decir otra cosa. Pero no es eso lo que nos ha traído aquí. Al final, ha habido reconocimientos y los sigue habiendo en determinados lugares de los Estados Unidos.

Para terminar, me gustaría contar también algo que ocurre en una película titulada «Presidio»; así se llama, en español, en el original. En España se tradujo como «Más allá del deber». Los protagonistas son un teniente coronel encarnado por Sean Connery y un sargento. Los dos habían servido juntos en Vietnam y su relación era tan fuerte que un día a la semana se iban al club de suboficiales, bebían juntos y se olvidaban de su rango. Debo añadir que, en las películas americanas, sin excepción, el suboficial siempre es más listo que el oficial. En aquella ocasión están mirando a la ciudad de San Francisco desde el Presidio. Son las 3 de la mañana, la ciudad está tranquila y el oficial le dice al sargento: «Mira, descansan tranquilos. ¿Sabrán que es por nosotros?». Y el sargento le dice: «Ellos no lo saben, pero nosotros sí». Este es el final que quiero dedicar a esta ponencia: «Si los americanos no lo saben, nosotros sí». En definitiva:

«Nacieron como nación por nosotros».

Muchas gracias. ▮

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2025